

## PROSTITUCIÓN MASCULINA Y COTORREO ENTRE VARONES EN LA PLAZA DE LA SOLIDARIDAD (CIUDAD DE MÉXICO, SIGLO XXI)

Sergio Moreno Juárez\*

© INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS DE CASTILLA Y LEÓN, Salamanca | 2017.

**Resumen:** Este artículo ofrece un acercamiento etnográfico a las relaciones homoeróticas establecidas entre los varones que diariamente se dan cita en la plaza de la Solidaridad de la ciudad de México. De manera específica analiza la práctica del cotorreo como una forma de sociabilidad o táctica de ligue y el ejercicio de la prostitución masculina como medio de sobrevivencia o actividad laboral para un grupo heterogéneo de jóvenes.

**Palabras claves:** prostitución masculina, comercio sexual masculino, cotorreo, sexoservidores

**Abstract:** This article offers an ethnographic approach to the homoerotic relationships established among men who meet daily in the Plaza de la Solidaridad in Mexico City. Specifically, it analyzes the practice of cotorreo as a form of sociability or tactics of ligue and the exercise of male prostitution as a means of survival or work activity for a heterogeneous group of young men.

**Keywords:** male prostitution, male sex work, cotorreo, sex workers

### 1. INTRODUCCIÓN

El jueves 19 de septiembre de 1985, a las 7:19 de la mañana, la ciudad de México fue sacudida por un movimiento telúrico que alcanzó la magnitud de 8.1 grados en la escala de Richter. La zona centro fue la más afectada con el colapso de 371 edificios de concreto, entre ellos los hoteles Del Prado y Regis sobre la avenida Juárez (LOMNITZ, 2005: 5). Las ocho plantas del hotel Regis, construido entre 1906 y 1910, se vinieron abajo tras el hundimiento de una de sus alas y por la explosión que ocasionó la acumulación de gas en la planta baja. El 24 de noviembre de ese mismo año fue demolida parte de la estructura que aún quedaba en pie y el predio fue expropiado por el Departamento del Distrito Federal (DDF) para evitar que se erigieran nuevas construcciones. Posteriormente, en enero de 1986, el DDF plantó el primer árbol en el terreno expropiado y emitió la convocatoria pública para el diseño de una plaza que rememorara la solidaridad de la ciudadanía. No

obstante, el carácter “modernista” del proyecto ganador desató una serie de críticas, pues su construcción conllevaría un alto costo y los recursos procederían principalmente del Fondo Nacional de Reconstrucción o Fondo de la Solidaridad (MAKOWSKI, 2004: 68).

El martes 9 de septiembre de 1986, el diputado José Ángel Conchello –representante de la LIII legislatura– solicitó ante el Congreso de la Unión la revisión del proyecto de la plaza de la Solidaridad, ya que los recursos provenían de la acción voluntaria de los obreros que cooperaron con un día de trabajo, de los niños que “se quitaron su golosina” o de los diputados y senadores que contribuyeron cívicamente con un mes de su sueldo para crear un fondo de construcción de viviendas. Además, Conchello consideró que el desvío de los fondos para erigir una plaza –calificada por él mismo como la “plaza del egoísmo”– contravenía la voluntad de los donantes y constituía un “acto de cruel vanidad” y un “insulto a la verdadera solidaridad” (CONCHELLO DÁVILA, 1986). Finalmente, el proyecto ganador del certamen –consistente en un conjunto circular de columnas de las que sobresaldrían destellos luminosos– fue desechado y en su lugar se emprendieron labores de saneamiento y

\*Universidad Nacional Autónoma de México  
smoj82@gmail.com

forestación para construir el jardín de la Solidaridad con la justificación histórica de que a finales del siglo XVI los franciscanos descalzos habían erigido en ese terreno el huerto del convento de San Diego (FIGUEROA ANAYA, 2013; ROSAS, s.f.).

Con el paso del tiempo, el espacio recuperó su designación oficial como plaza de la Solidaridad y fue dotado de jardineras arboladas, cuatro fuentes cuadrangulares cercadas por bancas, sanitarios públicos a desnivel y una escultura central con tres manos que empuñan el asta bandera como recuerdo de las víctimas que perecieron en el sismo y de la acción solidaria de la ciudadanía que atendió, antes que las instancias gubernamentales, la emergencia ante la catástrofe natural del jueves negro de 1985<sup>1</sup>. La plaza de la Solidaridad, con una superficie total de 6 200 metros cuadrados y enmarcada por las avenidas Juárez y Balderas y las calles Dr. Mora y Colón, adquirió simbolismo en el imaginario social capitalino en los albores del siglo XXI por ser escenario, año tras año, del memorial a las víctimas del terremoto del 85. Asimismo, ha fungido como campamento de organizaciones políticas y sociales, refugio para niños y jóvenes en situación de calle, área recreativa y de socialización para adultos mayores y ajedrecistas, academia de baile al aire libre, zona de comercio informal, lugar de citas, encuentros casuales o asaltos a mano armada y, quizás en mayor medida, espacio privilegiado para el narcomenudeo y el ejercicio de la prostitución masculina.

En función de esto último, en las siguientes líneas ofrezco un acercamiento

sucinto a las relaciones homoeróticas establecidas entre los varones que visitan o pernoctan en la plaza de la Solidaridad, haciendo énfasis en sus prácticas de ligue y cotorreo, así como en la promoción y demanda de servicios sexuales o de acompañamiento ofrecidos por jóvenes en situación de calle, estudiantes, migrantes, obreros, desempleados, ex convictos, militares y marinos desertores o en sus días francos. En el primer apartado realizo un análisis de los usos sociales del espacio público, mientras que en el segundo apartado presento algunos testimonios del ejercicio de la prostitución masculina. El rescate de los testimonios en el año 2013 fue posible gracias al establecimiento de vínculos amistosos con algunos de los sexoservidores del corredor turístico de la Alameda central<sup>2</sup>, pues como señala el antropólogo Patricio Villalva la “dimensión afectiva, a través de la amistad, abre nuevas posibilidades de aproximación” a los informantes. Esta propuesta metodológica posibilita el internamiento en el ámbito callejero del comercio sexual masculino debido a que la “naturaleza clandestina y estigmatizada de este tipo de trabajo” y la “efímera presencia de los prostitutas en el universo en que se desenvuelven” complejizan la obtención de información (VILLALVA, 2011/2012: 118).

## 2. DE LOS USOS SOCIALES DE LA PLAZA DE LA SOLIDARIDAD

Los jardines, kioscos, monumentos, parques y plazas públicas forman parte de la infraestructura urbana de uso colectivo y multifuncional que incentiva la convivencia social de la ciudadanía. Es decir, se trata de espacios diferenciados regulados por la administración pública, la cual garantiza su libre acceso e instituye sus “condiciones de desarrollo e instalación de actividades” (BORJA, 2003: 65). Pero aun cuando las diversas instancias gubernamentales determinan el “uso adecuado” de los espacios públicos, el uso social colectivo propicia el intercambio de ideas, mercancías e identidades culturales fundamentadas en sentimientos de pertenencia y territorialidad (BARRIENTOS SALINAS, 2005: 9; FILARDO, 2002: 9-10). Los usuarios significan los espacios públicos al dotarlos de nuevos usos que contravienen las actividades para las que fueron originalmente diseñados y emplazados,

<sup>1</sup>La geofísica Cinna Lomnitz señala que –al concluir el movimiento sísmico– el “valiente pueblo mexicano se levantó espontáneamente y salió a la calle para salvar gente. Hubo de todo: doctores, albañiles, hasta mineros de Pachuca que se metían entre los resquicios de los edificios derrumbados con sus cascos y sus lámparas. Las señoras preparaban tortas y refrescos para los hombres que trabajaban en los escombros” (LOMNITZ, 2005:19).

<sup>2</sup> El corredor turístico de la Alameda central abarca una amplia zona cuadrangular delimitada por el eje central Lázaro Cárdenas y las avenidas Juárez, Hidalgo y Balderas, en el centro histórico de la ciudad de México. Las labores de recuperación de la Alameda central en 2012 conllevaron la peatonalización de las calles Ángela Peralta y Doctor Mora, situación que supuso la unificación de los múltiples espacios de atractivo cultural y turístico que integran el corredor: el palacio de Bellas Artes, la Alameda central, la plaza de la Solidaridad, el Centro Cultural José Martí, el Laboratorio de Arte Experimental Alameda, el Museo Mural Diego Rivera y el Hemiciclo a Juárez, así como diversos cafés, bares, loncherías y restaurantes.

sometiéndolos incluso a “oposiciones, yuxtaposiciones, complementariedades que los gradúan, que los jerarquizan” (DELGADO RUIZ, 2001: 47).

En este sentido, lo que me interesa analizar es justamente el uso social o, en palabras de la socióloga Georgina Isabel Campos Cortés, el “sentido socialmente construido” de la plaza de la Solidaridad, pues los usuarios la crean y recrean en función de sus gustos, intereses y necesidades cotidianas. Al respecto, señala Campos Cortés, la acción social desplegada por los usuarios constituye el “motor que origina la existencia actual de la plaza pública”, ya que al visitarla, recorrerla o habitarla producen dicho espacio a partir de su realidad vivida (CAMPOS CORTÉS, 2011: 85). Ejemplo de ello son los jóvenes en situación de calle y los sexoservidores que diariamente acuden a la plaza para pernoctar o cotorrear en sus bancas, jardinerías, baños públicos o, incluso, en los cafés, bares y restaurantes circunvecinos. Utilizo el término cotorrear para designar a toda práctica homosocial que, lejos de aludir a la burla o al chiste malicioso, remite a la búsqueda de cierta complicidad entre los varones que establecen vínculos amistosos, permisivos y en gran medida anónimos con sus pares. Al respecto, Emilio Oziel Espronceda Hernández advierte que el término ha adquirido connotaciones específicas en el ambiente homosocial al designar un encuentro sexual entre varones o un servicio sexual retribuido económica o materialmente, aunque también hace alusión a “echar desmadre, hacerse cuates, divertirse, platicar, tomar chelas” (ESPRONCEDA HERNÁNDEZ, 2011: 53-56).

El antropólogo Guillermo Núñez Noriega analizó el cotorreo como una forma de resistencia en el campo sexual e íntimo de los varones sonorenses –al norte de México– a través de determinadas prácticas homoeróticas, sin replantear necesariamente su orientación sexual o identidad de género. En estricto sentido, mediante el cotorreo los varones evaden “el campo de las identidades sexuales binarias y el estigma, colocando la práctica homoerótica en el campo de la aventura, de la hazaña cómplice, de la diversión, incluso de la ‘travesura’” (NÚÑEZ NORIEGA, 2001: 27; NÚÑEZ NORIEGA, 2007: 291). Es decir, el cotorreo disimula o encubre el deseo homosexual de los varones gracias al anonimato y la complicidad o secrecía entre pares y, por el contrario, garantiza su

nomadismo sexual, tal como lo advirtió Henry (obrero, 18 años), visitador frecuente de la Alameda central y la plaza de la Solidaridad en busca de cotorreo con los “chavos” recién llegados de provincia<sup>3</sup>. Además, la proximidad de la plaza con el acceso a la estación del metro Hidalgo –con correspondencia en las líneas 2 y 3 del Sistema de Transporte Colectivo-Metropolitano (STC-Metro)– y las líneas 3 y 4 del Metrobús facilita el arribo, el desplazamiento y el cotorreo cotidiano entre los varones<sup>4</sup>.

La plaza adquirió mayor relevancia como espacio propicio para los encuentros ocasionales, el ligue entre varones y la contratación de algún sexoservidor a raíz de las obras de recuperación y remodelación de la Alameda central, emprendidas por el Gobierno del Distrito Federal (GDF) entre marzo y noviembre del año 2012. El desplazamiento forzado de los vendedores ambulantes, los sexoservidores, las personas en situación de calle y los usuarios en general propició su hacinamiento en los espacios contiguos: la plaza de la Solidaridad y la explanada del Centro Cultural José Martí. La concentración de los sexoservidores en la plaza de la Solidaridad acrecentó los conflictos derivados de la ocupación y defensa territorial por la llegada masiva de sexoservidores de zonas aledañas, como Reforma y Zona Rosa, que exigieron su integración a la dinámica sociocultural del espacio público. Sin embargo, tras la reapertura de la Alameda central –noviembre de 2012– continuó la aglomeración de comerciantes y sexoservidores en la plaza de la Solidaridad, no así de los niños y jóvenes en situación de calle que han sido desalojados paulatina y violentamente desde el año 2002, orillándolos a habitar las inmediaciones de la plaza de Garibaldi, el eje central Lázaro Cárdenas y las avenidas Bucareli y Balderas.

---

<sup>3</sup> Testimonio de Henry, corredor turístico de la Alameda central, ciudad de México, 18 de abril de 2013.

<sup>4</sup> Las líneas 2 (Cuatro Caminos-Taxqueña) y 3 (Indios Verdes-Universidad) recorren la ciudad de México de norte a sur y sus ramales tienen múltiples conexiones con otras líneas que facilitan el desplazamiento desde otros puntos neurálgicos de la ciudad y la zona metropolitana, como la línea 1 (Pantitlán-Observatorio), la línea 8 (Garibaldi-Constitución de 1917) y la línea B (Buenavista-Ciudad Azteca). Asimismo, las líneas 3 (Tenayuca-Etiopía) y 4 (Buenavista-San Lázaro/Terminal I y II) del Metrobús recorren la ciudad de norte a sur y del centro al oriente, respectivamente.

### 3. DEL EJERCICIO DE LA PROSTITUCIÓN MASCULINA

El ejercicio de la prostitución masculina en la plaza de la Solidaridad se ha incrementado y diversificado en los últimos años debido al arribo constante de jóvenes migrantes o en situación de calle. A este grupo heterogéneo e itinerante de varones suelen integrarse obreros, estudiantes y jóvenes marginados del mercado de trabajo por carecer de preparación, experiencia laboral o un domicilio estable, así como ex convictos, militares o marinos, sujetos hiper sexualizados en el imaginario homoerótico capitalino. Este es el caso de Ricardo, un joven veracruzano de 29 años que deambula por la plaza de la Solidaridad en busca de “jale” con “compas pudientes” que le ayuden a cubrir sus gastos diarios –renta, comida, ropa y calzado–, pues asegura estar acostumbrado a “andar bien parado”. Ricardo desertó del ejército tras sufrir múltiples encierros a causa del consumo de estupefacientes y por ser sorprendido, en repetidas ocasiones, “cogiendo con varios cabrones” en las instalaciones militares. Una vez fuera de la institución militar no le resultó ajeno el ejercicio de la prostitución, pues en sus días francos acostumbraba visitar los bares gays aledaños a la plaza para conseguir bebidas alcohólicas o dinero a cambio de sexo<sup>6</sup>.

El antropólogo Patricio Villalva señala que en el ejercicio de la prostitución es común hallar a diversos varones emulando las actitudes, cortes de cabello y vestimenta de los militares para aprovechar su capital simbólico y obtener mayores ingresos económicos. Incluso, advierte la presencia de sexoservidores que “han aprendido a relatar, con lujo de detalle, pasajes de su supuesta vida militar” debido a que en el imaginario homoerótico los militares han sido provistos de una “mayor virilidad” e insaciabilidad sexual (VILLALVA, 2011/2012: 116). Asimismo, en un reportaje publicado en la edición dominical del diario La Jornada, el 17 de noviembre de 2002, Lara Ripoll comentó que los soldados o “guachos” del Campo Militar No. 1 –al norte de la ciudad de México– ejercían la prostitución en una zona aledaña a sus

instalaciones, provista de bares y hoteles, con tarifas “en torno a los 300 pesos, aunque casi todos aceptan el regateo”. Además, advirtió que estos varones comúnmente vestían de civil, pero ante la menor provocación mostraban “fugazmente la cadenita con la placa que llevan al cuello” (RIPOLL, 2002).

En relación con estos señalamientos me resulta difícil discernir si el testimonio de Ricardo corresponde al de un militar o un imitador, sin embargo, no es mi objetivo cuestionar la veracidad de sus argumentos. Por el contrario, asumo sus representaciones socioculturales y corpóreas como reflejo de su peculiar realidad vivida. No obstante, en Mauricio, migrante chiapaneco de 27 años, me fue posible apreciar a un emulador de ese aire marcial –corte de cabello, ropa negra, actitud agresiva–, cuyo performance es complementado con el continuo tocamiento de su entrepierna o la exhibición de sus genitales para evidenciar la pieza tallada en forma de corazón que tiene incrustada en el pene. En cambio, Ricardo reafirma su vínculo con el ejército haciendo ostentación de una placa de identidad que cuelga de su cuello, exhibiendo su musculatura corpórea o asegurando que sigue en contacto con algunos jefes militares, a los cuales provee de mariguana, cocaína, piedra o sexoservidores, principalmente jóvenes migrantes que él mismo contacta en la plaza de la Solidaridad o a las afueras del metro Hidalgo con la promesa de un pago “bien chingón”. Este último servicio reditúa a Ricardo entre 3 000 y 2 000 pesos, razón por la cual sólo ejerce la prostitución callejera de manera ocasional<sup>7</sup>.

Otro de los ideales estéticos de los prostituyentes lo representan los jóvenes en situación de calle, cuyas escasas vestimentas rasgadas dejan entrever cuerpos lánguidos, semidesnudos, lacerados y sucios. Uno de estos jóvenes, apodado El Cobra (17 años), aseguró que regularmente lo buscan padres de familia o “abuelitos” guiados por las dimensiones descomunales de su pene. Cabe mencionar que la idealización de los varones en situación de calle reside en su supuesta compulsión e insaciabilidad sexual, motivo por el cual El Cobra ha adquirido preeminencia, ya que accede a prácticas fetichistas, usa los uniformes escolares de los hijos o nietos del cliente durante

<sup>6</sup> Testimonio de Ricardo, corredor turístico de la Alameda central, ciudad de México, 25 de julio de 2013.

<sup>7</sup> Ibidem.

la cópula sexual y permite que le “soben o mamen la verga” en la vía pública<sup>8</sup>. Por su parte, Alejandro, migrante poblano de 23 años, refiere que llegó del estado de Puebla huyendo de la miseria, pero al llegar a la ciudad de México le resultó imposible conseguir trabajo. Ante esta situación comenzó a mendigar por las calles del centro histórico y, posteriormente, a prostituirse. Recuerda que la primera vez que tuvo sexo con un varón recibió como pago un pollo rostizado, un lugar seguro para dormir –la habitación del hotel– y 200 pesos. La vida en las calles lo orilló al consumo de marihuana, solventes y bebidas alcohólicas, pues los “patrones” asiduos a la plaza de la Solidaridad suelen embriagar a los jóvenes en situación de calle para acrecentar su permisividad sexual o negarles el pago tras la consumación del acto sexual<sup>9</sup>.

Como se puede apreciar, el cuerpo del sexoservidor constituye un medio de anclaje y negociación monetaria, pues al estar sometido a un “proceso activo” de modificaciones estimula y reafirma los deseos sexuales de los prostituyentes (WEEKS, 2011: 65). Al respecto, Jorge, un joven sexoservidor de 24 años, señala que la apariencia “cuenta mucho”, pero más el tamaño del pene porque de eso dependerá la satisfacción sexual del cliente, la paga del servicio y la frecuencia de sus visitas. Consciente de ello, invierte parte de sus ingresos en el gimnasio y en la adquisición de ropa para lucir más atractivo ante la mirada lasciva y escrutinadora de los prostituyentes, pues mientras los “chavos de la calle” se conforman con 50 pesos, él impone libremente sus tarifas: “sexo con penetración a trescientos cincuenta y si quieren que yo me venga subo a cuatrocientos, cuatrocientos cincuenta” pesos.

Sin embargo, señaló que algunos clientes prefieren contratar “chavos” que penetran o se dejan penetrar sin condón, con la excusa recurrente de la obtención de mayor placer. Ante esta situación Jorge se ha mostrado reticente, pero prescinde del uso de preservativos cuando sostiene encuentros sexuales con mujeres porque –asegura– “se siente riquísimo”<sup>10</sup>.

En este caso, podría decirse que Jorge se siente más vulnerable al sostener encuentros sexuales con varones, probablemente por el estigma social que aún prevalece en torno a la homosexualidad –a pesar del supuesto clima de tolerancia y respeto que impera en la ciudad de México hacia la comunidad LGBTTTI– o por el riesgo de contraer alguna infección o enfermedad de transmisión sexual (ITS o ETS) dada la promiscuidad y compulsión sexual de los prostituyentes. En este sentido, valdría la pena destacar que los varones que acuden a la plaza de la Solidaridad o merodean el acceso a la estación del metro Hidalgo con la intención de contratar a algún sexoservidor son, en su mayoría, padres de familia o adultos mayores. En menor medida se trata de jóvenes en busca de nuevas experiencias o su primera experiencia homoerótica, gais y hombres que tienen sexo con otros hombres (HSH). Además, durante los diversos encuentros que sostuve con mis informantes pude corroborar que los prostituyentes buscan compañía deliberadamente guiados por la apariencia física y el lenguaje corporal –con elevada carga sexual– de los sexoservidores. Sin embargo, ese interés desmesurado también puede atender a una imperiosa necesidad de conseguir afecto y compañía para paliar la soledad e incompreensión que cotidianamente les aqueja en la ciudad de México<sup>11</sup>.

#### 4. COMENTARIOS FINALES

La plaza de la Solidaridad –emplazada en el centro histórico de la ciudad de México– constituye en la actualidad uno de los principales referentes del ejercicio de la prostitución masculina y de la realización de múltiples prácticas homoeróticas, como el ligue, el cotorreo o la cópula sexual entre varones en la vía pública. La remodelación de la Alameda central en el año 2012 acrecentó la oferta sexual de la plaza debido a que recibió a los sexoservidores y jóvenes en situación de calle que ofertaban sus servicios en los diferentes

<sup>8</sup> Testimonio de El Cobra, corredor turístico de la Alameda central, ciudad de México, 8 de agosto de 2013.

<sup>9</sup> Testimonio de Alejandro, corredor turístico de la Alameda central, ciudad de México, 8 de agosto de 2013.

<sup>10</sup> Testimonio de Jorge, plaza de San Fernando, ciudad de México, 9 de agosto de 2013.

<sup>11</sup> Por ejemplo, el documental *Sexo, soledad y Alameda central*, realizado por Ángel Sigismondi y Alvin Salin en el año 2009, deja entrever el interés recurrente de los clientes –exclusivamente varones– por conseguir sexo, afecto y compañía. Los testimonios rescatados en el documental corresponden a tres sexoservidores, una mujer y dos varones, los cuales responden a los nombres de Milo y Jacobo. Milo satisfacía las necesidades estrictamente sexuales de los prostituyentes con tarifas que oscilaban entre los 100 y 300 pesos, mientras que Jacobo ofrecía sus servicios de acompañante, propiciando que algunos clientes lo visitaran asiduamente o incluso lo percibieran como su pareja (SIGISMONDI, 2009).

extremos del corredor turístico o en otras zonas del circuito sexual masculino capitalino –Garibaldi, Zona Rosa, Balderas. El ejercicio de la prostitución masculina ha sido comúnmente invisibilizado en los registros y en los relatos históricos, a pesar de ser una práctica de tradición homoerótica presente en el imaginario social capitalino por lo menos desde la segunda mitad del siglo XIX –ejemplo de ello son las anécdotas porfirianas referidas por Salvador Novo (1904-1974) en *La estatua de sal* (1945). Sin embargo, hoy en día la prostitución constituye uno de los principales medios de subsistencia para un amplio sector de la población varonil capitalina y del área metropolitana que se encuentra en situación de vulnerabilidad por la exclusión social y laboral de la que es objeto.

La prostitución masculina permite a un grupo heterogéneo de varones sobrevivir o complementar sus gastos cotidianos –renta, alimentación, ropa, calzado, estudios, alcohol, estupefacientes–, del mismo modo que posibilita a determinados varones el ejercicio del comercio sexual como una profesión –culto a la apariencia, pago de gimnasio, nutrimentos y ropa– sin cuestionar, necesariamente, su identidad género u orientación sexual. Cabe mencionar que los sexoservidores frecuentemente se definen como heterosexuales y recurren a la ostentación de la compulsión sexual –elemento definitorio de la masculinidad– para justificar su desempeño erótico en términos estrictamente comerciales. La excitación y el placer de los sexoservidores no son enunciados en términos de deseo (homo)sexual, sino en función del imaginario erótico-afectivo –novias, esposas, amantes, meseras, prostitutas– y del uso de estímulos externos evidentemente heterosexuales –bailes eróticos, shows de sexo en vivo, revistas y películas pornográficas. En última instancia, recurren a la feminización de los prostituyentes para incentivar su desempeño sexual sin menoscabo de su virilidad.

Los clientes o prostituyentes también escapan al registro histórico, etnográfico o socio-humanístico a pesar de ser los responsables de la prevalencia del comercio sexual masculino. En el caso específico de la plaza de la Solidaridad los clientes suelen constituir un grupo heterogéneo de varones de entre 16 y 70 años de edad con ingresos económicos variados, ya que las tarifas fluctúan entre los 50 y los 500 o 700 pesos dependiendo del tipo de servicio deseado, la

apariencia física del sexoservidor y el tamaño de sus genitales. Está de más advertir que las edades de los sexoservidores oscilan entre los 17 y los 30 años –aunque es posible hallar adolescentes o varones de mayor edad–, pues la plaza de la Solidaridad se especializa en la oferta de cuerpos jóvenes, atléticos e híper masculinos, cosificados en función de la idealización erótica masculina y la concepción falocéntrica de la cópula sexual.

## 5. REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

BARRIENTOS SALINAS, A. (2005). *La noche es joven. Los jóvenes y la apropiación del espacio público en la ciudad de La Paz*. La Paz: Fundación Programa de Investigación Estratégica en Bolivia.

BORJA, J. (2003). *La ciudad es el espacio público*. En: RAMÍREZ KURI, P. (coord.). *Espacio público y reconstrucción ciudadana*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales/Miguel Ángel Porrúa.

CAMPOS CORTÉS, G. I. (2011). *El origen de la plaza pública en México: usos y funciones sociales*. En: *Argumentos* (mayo-agosto), 24 (66).

CONCHELLO DÁVILA, J. A. (1986). *Discurso Plaza de la Solidaridad*. En: *Fundación Miguel Estrada Iturbide (Discursos y Debates, 1946-2015)*. <<http://www.fundacionestradaaiturbide.org.mx>>. Consultado el 8 de octubre de 2016.

DELGADO RUIZ, M. (2001). *Los procesos de apropiación del espacio público. Etnografía de los espacios urbanos*. En: PROVANSAL, D. (coord.). *Espacio y territorio: miradas antropológicas*. Barcelona: Universitat de Barcelona.

ESPRONCEDA HERNÁNDEZ, E. O. (2011). *Aprendices del cotorreo. La participación guiada en el comercio sexual masculino en el puerto de Veracruz*. En: HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, O. M., GARCÍA CANTÚ, A. A. y CONTRERAS OCEGUEDA, K. I. (coords.). *Masculinidades en el México contemporáneo*. México: Unidad Académica Multidisciplinaria de Ciencias, Educación y Humanidades-

Universidad Autónoma de Tamaulipas/Plaza y Valdés.

FIGUEROA ANAYA, E. (2013). Calles de México: plaza de la Solidaridad. En: Reconoce M X ( 1 5 d e s e p t i e m b r e ) . <<http://www.reconoce.mx>>. Consultado el 8 de octubre de 2016.

FILARDO, V. (2002). Prólogo. En: FILARDO, V. (coord.). Tribus urbanas en Montevideo. Nuevas formas de sociabilidad juvenil. Montevideo: Trilce.

LOMNITZ, C. (2005). El próximo sismo en la ciudad de México. México: Gobierno del Distrito Federal/Universidad Nacional Autónoma de México.

MAKOWSKI, S. (2004). La Alameda y la plaza de la Solidaridad. Exploraciones desde el margen. En: Antropología. Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia (75-76).

NÚÑEZ NORIEGA, G. (2001). Reconociendo los placeres, desconstruyendo las identidades. Antropología, patriarcado y homoerotismos en México. En: Desacatos. Revista de antropología social (6).

NÚÑEZ NORIEGA, G. (2007). Masculinidad e intimidad: identidad, sexualidad y sida. México: Programa Universitario de Estudios de Género-Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de Sonora/Miguel Ángel Porrúa.

SIGISMONDI, A. [dir.] (2009). Sexo, soledad y Alameda central (5.14 min). México: Fancy Films. En: Youtube. <<https://www.youtube.com/watch?v=Jtc0PhvBYpU>>. Consultado el 30 de enero de 2017.

RIPOLL, L. (2002). Prostitución masculina. Ellos también vedan caro su amor. En: La Jornada (17 de noviembre). <<http://www.jornada.unam.mx>>. Consultado el 31 de mayo de 2013.

ROSAS, A. (s.f.). La plaza de la Solidaridad. En: WikiMéxico. <<http://www.wikimexico.com>>. Consultado el 8 de octubre de 2016.

VILLALVA, P. (2011/2012). Él y él: la convivencia y los sentimientos en la prostitución masculina en la ciudad de México. En: Trayectorias, 14 (33-34).

WEEKS, J. (2011). Lenguajes de la sexualidad. Buenos Aires: Nueva Visión.